

CON LA LUZ DE LA DOCTRINA

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 7: VOCACIÓN Y APOSTOLADO

CON LA LUZ DE LA DOCTRINA

Para cumplir la misión apostólica que —por cristianos— hemos recibido de Dios, hay que esforzarse en difundir la doctrina de Jesucristo. *Queremos llevar la gente a Cristo. Queremos que le amen las criaturas todas de la tierra. Pero, quomodo ergo invocabunt in quem non crediderunt? (Rom. X, 14), ¿cómo van a rezar si no creen en El? Aut quomodo credent ei quem non audierunt? (ibidem), ¿y cómo van a creer en El, si no han oído hablar de El? Quomodo autem audient si-ne praedicante? (ibidem), ¿cómo van a oír, si no hay quien les diga nada?*¹.

No se puede perder de vista que toda la labor de apostolado que el Señor nos pide se reduce, de un modo u otro, a una sola cosa: *dar doctrina; extender esta luz de Dios, hacer esta guerra maravillosa de paz y de amor; llevarla a todos los hombres, sin excepción de razas, ni de lenguas, ni de circunstancias sociales: quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona (Rom. X, 15); ¡qué feliz es la llegada de los que anuncian el evangelio de la paz, de los que anuncian los verdaderos bienes!*². Por eso repetía incansablemente nuestro Padre: *los que tenemos la verdad de Cristo en el corazón hemos de meter esa verdad en el corazón, en la cabeza y en la vida de los demás: tenemos obligación grave. Lo*

(1) De nuestro Padre, Carta, 30-IV-1946, n. 45.

(2) *Ibid.*

contrario es comodidad, política falsa. Yo tengo el deber de llevar a todas las almas por el camino de Cristo ³.

En primer lugar, nosotros

Aprende lo que vayas a enseñar; adquiere doctrina, la palabra fiel, para que puedas exhortar ⁴, escribe San Jerónimo. Y nuestro Padre explicaba: *para dar doctrina, hay que tenerla; nadie da lo que no tiene. No esperemos unas iluminaciones de Dios, que no tiene por qué dar, cuando nos da unos medios humanos concretos: el estudio, el trabajo. Hay que formarse, hay que estudiar* ⁵.

Esta obligación atañe a todos los cristianos, a cada uno según los dones —talento, estudios, circunstancias, etc.— que ha recibido de Dios. En nuestro caso, el Señor ha dispuesto que encontráramos la Obra en nuestro camino, que proporciona a cuantos se acercan a su espíritu una formación doctrinal-religiosa, espiritual y apostólica que facilita el cumplimiento de ese mandato de Cristo ⁶.

Tenemos la responsabilidad de aprovechar los medios de formación que la Obra ofrece: *a quien mucho le ha sido dado, mucho se le pedirá* ⁷. Por eso, escribe el Padre, *cada uno ha de sentir ansias de entender, siempre con mayor profundidad, la Doctrina cristiana, que en la Obra se nos enseña con abundancia de medios y sin regatear esfuerzos. Sólo así, con una permanente profundización en la Doctrina viva, podremos ser esos puntos luminosos en medio de la ausencia de señalización divina en tantos caminos de la tierra* ⁸.

Esta es la finalidad de los Cursos de Formación, que nos ayudan a corresponder cada día con más generosidad, a las luces nuevas que el Señor nos manda ⁹, y también el objetivo de las charlas, clases y meditaciones

(3) De nuestro Padre, Crónica VII-62, p. 55.

(4) San Jerónimo, *Epístola* 52, 7.

(5) De nuestro Padre, *Obras* II-61, p. 45.

(6) Cfr. *Matth.* XXVIII, 19-20.

(7) *Luc.* XII, 48.

(8) Del Padre, *Carta*, 28-XI-1982, n. 20.

(9) Del Padre, *Tertulia*, 7-VII-1977, en *Crónica*, 1977, p. 831.

que se imparten en los Centros del Opus Dei, en todo el mundo. Esta formación abundante lleva además a comprender que ningún cristiano puede desentenderse de este grave deber. Por eso, con responsabilidad personal, cada uno ha de poner los medios oportunos y la dedicación de tiempo necesaria para adquirir una formación doctrinal proporcionada a las propias capacidades y circunstancias —que variarán de una persona a otra—, pero que será, en cualquier caso, sólida, bien cimentada.

Entre esos medios, nuestro Fundador recomendaba con insistencia el repaso del *viejo y amadísimo catecismo*. *Viejo* —comentaba el Padre en cierta ocasión— *porque las fórmulas vienen de muchos siglos atrás: las han repetido nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros bisabuelos... Con unas frases tan sencillas, tan breves, qué bien explicado está todo (...). Saber el catecismo es absolutamente necesario para vuestra vida interior, y para ser instrumentos en las manos de Dios (...). Yo lo repaso con frecuencia*¹⁰.

Ahora que en tantos lugares y con tantos medios se atacan puntos fundamentales de la doctrina de la Iglesia, hay además una particular obligación de estar informado sobre las cuestiones doctrinales de mayor actualidad y trascendencia, saber discernir lo que supone una nueva y legítima expresión cultural, filosófica, etc., de lo que por el contrario es incompatible con la fe; así como conocer bien los argumentos que permitan contrarrestar los ataques de los enemigos de la fe y saber presentarlos de manera clara, atrayente y precisa. *Trabajando de esta forma, unidos a vuestros conciudadanos y removiéndolos, haciendo ambiente para que las cosas no vengan impuestas sin expresar el legítimo sentir de la sociedad, podréis orientar cristianamente la legislación de vuestras comunidades nacionales, sobre todo en aquellos puntos que son clave en la vida de los pueblos: las leyes sobre el matrimonio, sobre la enseñanza, sobre la moralidad pública, sobre la propiedad, etc. (...). En éstos y en otros puntos capitales, tendréis que luchar, y bien!*¹¹.

(10) Del Padre, Noticias, 1980, p. 59.

(11) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1959, n. 42.

Un peligro puede acechar con el paso del tiempo: el pensamiento de que no se precisa aprender más, de que basta con lo que ya se sabe, olvidando que *la formación no termina nunca. No podemos admitir la soberbia de pensar que ya estamos suficientemente formados. Aunque lleguemos a ser tan viejecitos que necesitemos andar con bastón —explicaba el Padre a un grupo de estudiantes que asistían a una Convivencia—, seguiremos aprendiendo —como si fuésemos niños— a vivir con más piedad, a conocer mejor la doctrina de la Iglesia, a hacer una genuflexión pausada, llena de amor, delante del Sagrario...*¹².

*Y no olvidemos, hijos —advierte también el Padre—, que las verdades acerca de Dios no se aprenden sólo estudiando. Al esfuerzo intelectual ha de unirse la meditación y el esfuerzo por encarnar con coherencia la Verdad que se estudia y medita. Este es el modo para asimilar bien la formación, y para convencernos de que siempre podemos crecer en la posesión de esta auténtica riqueza*¹³.

El mayor enemigo

Al hacer apostolado, es frecuente encontrarse con personas que desconocen hasta las nociones más elementales de la fe cristiana, víctimas de una ignorancia religiosa *que se acentúa cada día más, porque no se estudia el catecismo*¹⁴.

Desgraciadamente, sigue siendo actual lo que escribía hace más de quince siglos San Juan Crisóstomo, lamentándose de la ignorancia religiosa de muchos cristianos de su época: *a veces ocurre que consagramos todo nuestro esfuerzo a cosas, no sólo superfluas, sino incluso inútiles y perjudiciales, mientras se abandona y desprecia el estudio de la Escritura. Aquéllos que en las competiciones hípias se excitan hasta el colmo, pueden referir con rapidez el nombre, la yeguada, la raza, la nación y el entrenamiento de los caballos, los años de su vida, la velocidad*

(12) Del Padre, Tertulia, 7-VII-1977, en Crónica, 1977, p. 831.

(13) Del Padre, Carta, 28-XI-1982, n. 20.

(14) Del Padre, Tertulia, 5-IV-1977, en Crónica, 1977, p. 511.

de su carrera, y quién con quién, si galoparan unidos, conseguirían la victoria; y qué caballo, entre éstos o aquéllos, si toma parte en la carrera y si fuera montado por tal jinete, vencería la prueba... Si por el contrario nos preguntamos cuántas y cuáles son las epístolas de San Pablo, ni siquiera su número sabemos expresar ¹⁵.

Afirmaba nuestro Padre que el mayor enemigo que tiene Dios en el mundo es la ignorancia ¹⁶, que es causa y como raíz de todos los males que envenenan los pueblos y perturban a muchas almas ¹⁷. En efecto, cuando falta la luz de la fe no es difícil encontrarse en un ambiente de duda, de relativismo, de incertidumbre ¹⁸, que se da no sólo entre los paganos de nuestro tiempo, sino aun entre no pocos que se ofenderían si no se les llamara católicos ¹⁹; también entre quienes tienen fama de sabios en las ciencias humanas: en la investigación científica, en historia, en economía, en derecho, etc.

Llegan, a veces, a padecer esa ignorancia incluso los hombres de más prestigio en su profesión; y hasta los que alcanzan puestos de gobierno en países que tienen una antigua tradición cristiana ²⁰.

Con frecuencia esas personas sufren no ya una mera ignorancia, sino una positiva deformación intelectual, pues muchas veces, en lugar de explicar la doctrina cristiana, se expone una especie de contracatecismo, que no contiene las verdades de la fe ²¹. Y esto, tanto en libros de texto como en revistas, artículos, y en gran parte de los medios de comunicación social.

Los motivos que llevan a tantos a falsear la fe o, simplemente, a negarla, pueden ser muy variados. Muchas veces es fruto de un ambiente adverso que se infiltra en todos los niveles de la sociedad, pero que encuentra su explicación más profunda en lo que escribía nuestro Padre hace ya muchos años: cuando la familia y la escuela no han sabido, o no han podido, cumplir su función específica, se ha producido el fenómeno

(15) San Juan Crisóstomo, *Homiliae in quaedam loca Novi Testamenti* 1, 1.

(16) De nuestro Padre, *Obras* IV-57, p. 8.

(17) Juan XXIII, Litt. enc. *Ad Petri cathedram*, 29-VI-1959.

(18) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 37.

(19) De nuestro Padre, *Carta*, 15-VIII-1953, n. 10.

(20) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1951, n. 7.

(21) Del Padre, *Tertulia*, 5-IV-1977, en *Crónica*, 1977, p. 511.

de la aparición de masas ingentes, cuya única educación constante ha sido la que reciben por los periódicos, revistas, radio, y por algún libro de fácil lectura ²².

Es preciso, por eso, ayudar a nuestros amigos y conocidos a formarse el criterio necesario y la capacidad crítica precisa para discernir lo que haya de engañoso y de manipulación en la opinión pública, para advertir y contrarrestar el ambiente dañino, que puede poner en peligro su fe y la de los suyos. Por cristianos, y cristianos empeñados en serlo seriamente, no debemos abandonar esta tarea. De lo contrario, el apostolado no daría los frutos firmes y duraderos que el Señor quiere. Y ni siquiera sería verdadero apostolado, si no está fundamentado en un empeño decidido y serio por difundir la doctrina de la Iglesia.

Importancia de las lecturas

La lectura de libros de buena doctrina, apropiados a las circunstancias personales de cada uno, es algo de capital importancia para la eficacia del apostolado, porque contribuyen poderosamente a formarse bien el criterio y a tener una conciencia recta y verdadera. Nuestro Fundador lo recomendó desde el principio, y tantas veces facilitó personalmente buenos libros a quienes se acercaban a su labor sacerdotal, convencido de *la honda caridad cristiana de esa limosna, más eficaz que dar pan de buen trigo* ²³.

En algunos casos, como sucede en el apostolado con estudiantes, profesionales y, en general, personas que se dedican de un modo u otro a un trabajo intelectual, la lectura de buenos libros puede ser decisiva. Por eso, como criterio práctico, conviene conocer los títulos de las obras más importantes que pueden ayudar a nuestros amigos a resolver sus dudas en materia religiosa o a darles los conocimientos básicos con un lenguaje a tono con su formación intelectual. También aquí

(22) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 9.

(23) *Camino*, n. 467.

nuestro Fundador nos enseñó a conseguir buenos libros: *extendí la mano, como un pobrecito de Cristo, y pedí libros. ¡Libros!, que son alimento, para la inteligencia católica, apostólica y romana de muchos jóvenes universitarios* ²⁴.

No pocas veces, sin embargo, son lecturas escogidas sin ningún criterio o sin atender a su contenido doctrinal o moral las que, insensiblemente, conducen a muchas personas a una grave deformación de la fe. Con paternal insistencia, nuestro Fundador nos previno siempre, y de modo particular en los últimos años de su vida, sobre el peligro que supone la lectura indiscriminada de libros y revistas, o la asistencia también indiscriminada a espectáculos de televisión, cine, teatro, etc. *Yo os pediría, por favor, que antes de comprar un libro —sobre todo si es de religión, de sociología, de psicología o de materias por el estilo—, preguntéis a un sacerdote de los que se sientan en el confesionario y atienden a las almas. Y si tratáis a personas del Opus Dei, pregunta al Director del Centro que frecuentas, y dile concretamente de qué libro se trata, cuál es el autor. Quizá al día siguiente, o a los pocos días, recibirás una indicación clara. Te dirá si se puede o no se puede leer, porque tiene este error o aquel otro, y también te enseñará a refutar esos errores.*

Si tenéis basura en vuestra casa, es porque os da la gana: hay que decidirse a quemarla ²⁵.

El Padre no deja de hacer eco a nuestro Fundador, también en este tema. *Nuestro Padre comentaba: si una persona se mete en una farmacia y piensa: qué color rojo tan bonito el de este frasco, me lo voy a tomar; y este otro de color violeta, también me lo trago...; pues, al cabo de tres o cuatro frascos de medicina ingeridos de esta manera, le viene un envenenamiento que le lleva al otro mundo. Lo mismo ocurre con las lecturas; llama la atención un libro: ¡qué título tan interesante!, ¡qué bien encuadernado está!, me lo voy a leer; y a lo mejor encierra un ataque directo contra la fe cristiana. Después se lee otra cosa, opuesta a la moral cristiana; y luego, otra publicación, donde se afirma como bueno algo pecaminoso; y otra que asegura que un error es verdad... Se termina mareado, el alma queda oscurecida, y*

(24) *Ibid.*

(25) De nuestro Padre, Dos meses de Catequesis, II, p. 798.

esa luz (...), que está encendida en nuestras almas, deja de lucir: se pierde el sentido cristiano de la vida (...). Hay tanta gente orgullosa que considera que algunos libros son inocuos, ¡y son veneno! ²⁶.

Complicidad de las pasiones

La herejía y la impiedad suelen ahora provenir, más que de controversias directamente teológicas, de errores propugnados por las ciencias profanas: no porque las ciencias profanas puedan por sí mismas oponerse a la verdad sobrenatural —la luz de la razón, que proviene de Dios, no puede contradecir la luz de la revelación divina—, sino porque los hombres, movidos por las mismas pasiones que en otros tiempos, tratan ahora de encontrar el fundamento del ateísmo o de la herejía especialmente en las llamadas ciencias experimentales ²⁷.

Dejando aparte los casos en que no haya más remedio que leer libros erróneos —y en estas ocasiones habrá que tomar las oportunas cautelas—, lo normal será que no haya ninguna necesidad de consultar directamente esas publicaciones: bastará leer una buena reseña u otro libro en el que se expongan y rebatan las afirmaciones erróneas que convenga conocer.

En la mayor parte de los casos, el peligro suele provenir de excesiva curiosidad intelectual, a la que se refería San Pablo cuando hablaba de ciertas personas que no podrán sufrir la sana doctrina, sino que, teniendo una comezón extremada de oír, recurrirán a una caterva de doctores propios para satisfacer sus deseos, y cerrarán sus oídos a la verdad, y los aplicarán a las fábulas ²⁸. Detrás de esta curiosidad, no pocas veces se esconden nuestras pasiones desordenadas, camufladas con ropajes y colores diversos. *Confusionismo*, escribió nuestro Padre en Camino. —Supe que vacilaba la rectitud de tu criterio. Y, para que me entendieras, te escribí: el diablo tiene la cara muy fea, y, como sabe tanto, no se

(26) Del Padre, Noticias, 1977, pp. 505-506.

(27) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1951, n. 6.

(28) II Tim. IV, 3-4.

expone a que le veamos los cuernos. No va de frente.

—Por eso, ¡cuántas veces viene con disfraz de nobleza y hasta de espiritualidad!²⁹

Tales deformaciones de la fe pueden no tener un origen puramente intelectual; con frecuencia, son las pasiones las que llevan al intelecto a equivocarse en sus juicios, con la intención de *acomodar* la verdad a los propios gustos, para justificar determinadas conductas torcidas. Y es que *las pasiones, o la voluntad desviada, fuerzan al entendimiento, le hacen asentir precipitadamente, o eludir la consideración de ciertos aspectos que contrarían, para acogerse, en cambio, a otros que favorecen —que adornan de bondad— aquella inclinación*³⁰.

Lo advertía nuestro Padre para prevenirnos: *si no se es humilde, profundamente humilde, es fácil llegar a deformarse la conciencia. Quizá en nuestra vida, por debilidad, podremos obrar mal. Pero las ideas claras, la conciencia clara: lo que no podemos es hacer cosas malas y decir que son santas*³¹, difuminando la fe para tranquilizar la propia conciencia o justificar una actuación personal que no se está dispuesto a rectificar.

Nuestro Fundador enseñaba de un modo gráfico el mejor modo de resolver en muchos casos esos problemas de fe: *cuando algún católico me decía que no tenía fe, le he respondido: ponte de rodillas y haz una buena confesión. Le he ayudado a hacer un profundo examen de conciencia, y después se ha levantado con fe. No es que no la tuviera, no; es que llevaba una carretada de porquería encima. ¿Qué ojos de fe iba a tener así? Había que quitarle primero aquella podredumbre.*

*Cuando se hace una buena confesión, enseguida se acaban todas esas dudas; aunque, como los enfermos, necesiten luego esos pobrecitos una temporada de convalecencia. En muchas ocasiones es falta de vida limpia, no de fe*³².

El Padre nos empuja repetidamente a ese apostolado. *Lanzaos sin tregua al apostolado de la Confesión, que tan urgente es en estos tiempos de*

(29) Camino, n. 384.

(30) De nuestro Padre, Carta, 24-III-1931, n. 36.

(31) Ibid. n. 37.

(32) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 436.

la vida del mundo y de la Iglesia. ¡Con qué fuerza lo predicaba nuestro Padre! ¡el Señor está esperando a muchos para que se den un buen baño en el Sacramento de la Penitencia! Y les tiene preparado un gran banquete, el de las bodas, el de la Eucaristía; el anillo de la alianza y de la fidelidad y de la amistad para siempre. ¡Que vayan a confesar! (...). ¡Que sea mucha la gente que se acerque al perdón de Dios! (De nuestro Padre, Tertulia, 6-VII-1974, en Catequesis en América, II, p. 214)³³.

(33) Del Padre, *Carta*, 16-I-1984.

[Anterior](#) - [Siguiende](#)
[Volver al índice de Cuadernos 7: Vocación y apostolado](#)
[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)
[Ir a la correspondencia del día](#)
[Ir a la página principal](#)